

Ejecutor 14

Adel Hakim
Fragmentos

Traducción Loreto Muñoz – Milena Grass¹

No, yo no era cruel cuando niño.
No les cortaba las patas traseras con piedras a las ranas,
no les metía un cigarro encendido en el hocico a las lagartijas verdes,
no les abría el vientre para ver lo que hay adentro,
y nunca les arranqué las alas a las moscas, aunque sé que no les duele.

Incluso les tenía mucho miedo a los gatos.

Son crueles, pensaba.

Con esos bigotes largos, esos rostros tristes y atentos,
y esos ojos penetrantes y esas garras terribles.

Y esa manera que tienen de estar tranquilos, y cómo de repente se ponen en movimiento para matar.
Entonces ya nada los detiene.

Ahora todo eso está tan lejos, lost para siempre.

Ya no les tengo miedo a los gatos.

Es como un tiempo anterior a la Creación.

(Un tiempo durante el cual él retrocede en el tiempo.)

Al comienzo, era un juego; sí, un juego de chiquillos que quieren ser grandes.

Era sólo para entretenerse.

Tirar al aire con clachincas, para asustar a Mamá y a novia. Y sólo para las grandes ocasiones: el Año Nuevo, la Muerte, el Matrimonio, el Nacimiento.

Para probar que ahora éramos grandes, que no tenía-

mos miedo del ruido, que sabíamos hacer que los fierros escupieran fuego.

Sobre todo por atreverse a hacerlo.

Son bonitas las salvas, los chorros de llamas que destrozan el cielo.

(...)

Yo soy del clan de los Adamitas. El mejor de todos: de él sale el Jefe Supremo. Desde siempre.

Me gustaba ser Adamita; podía soñar: tenía una posibilidad –pequeña pero cierta– de llegar a ser algún día Jefe Supremo de la Ciudad. Satisfacer las ambiciones de los padres. Mamá sobre todo.

Era un privilegio ser Adamita.

(... (De su bolsillo, saca un carné de identidad.)

Mira, aquí está la prueba. Indeleble. Sin salida. ¡No help!

He aquí que uno mismo es el pecado. Aquí no hay duda.

Aquí se ve bien: el nombre del padre –aquí: el nombre de Mamá– aquí: los números. Señales fáciles para quien quiera descifrarlas, para saber si eres Zelita o Adamita o qué.

Entonces si uno es Zelita, los Adamitas te matan.

Si uno es Adamita, los ZELITAS te matan.

Por supuesto, el otro dice: "Tú puedes borrar, raspar, tirar, quemar la ID".

¹ Esta traducción es producto del Primer Taller de Traducción Teatral 1997, dirigido por Milena Grass con alumnas en práctica del Programa de Traducción UC. Héctor Noguera realizó una lectura dramatizada del texto en el "Seminario de Dramaturgia Contemporánea: Encuentro con Autores Franceses" (Santiago, agosto 1997, organizado por la Escuela de Teatro UC y el Instituto Chileno Francés de Cultura) y la estrenó en abril de 1998 en una producción de Teatro Camino.

¡Ts, ts, ts, no, no, no!

Entonces uno se vuelve sospechoso para todos. ¡U-ni-ver-sal!

Si no tienes tu ID, entonces, ¡no hope!

Porque entonces, los mismos Adamitas ya no tienen manera de identificarte, a ti el Adamita.

Entonces, ¡clac! (*Hace el gesto de matar.*)

No benefice, no doubt.

No en los tiempos difíciles.

Por eso la ID, hay que conservarla como algo precioso, mantenerla legible, limpia, brillante.

Mientras tengas tu ID, serás culpable para algunos; si pierdes tu ID, eres culpable para todos.

Bueno, sigamos...

(...)

Los Zelitas, nos pidieron nuestras ID.

Se las damos, obligados, no way.

“¡Adamitas, ah! Vengan por aquí”.

Nos llevan, a novia y yo.

Al patio siniestro de una home abandonada.

Un espacio vacío en el vientre de una casa.

Las clachincas, las boots, los quepis.

Uno de los tipos me dice: “Los Adamitas quieren exterminarnos, ¿ah?”.

Me empujaba. Me daba fuertes bofetadas en la cara.

No para herir realmente. Sólo para humillar al Adamita que yo era.

“¿Tú sabes lo que les hacemos a los Adamitas, sabes? Mira lo que le vamos a hacer a tu devotchka, mira bien...”

Las clachincas, apuntaban hacia mí y entonces... y entonces... pobre novia. Sólo sufrimiento y no hope. Sólo sufrimiento y sus ojos que me miraban gritando “help”. Tristeza y desesperación. Sus ojos se ahogaban en el océano de las lágrimas. Decían «help» con dulzura, un interminable, un eterno grito mudo.

Esos ojos, se hundían en mi alma. Y me dolían, más que todos los golpes que podían hundirse en mi carne...

Y los otros, los soldados: nada más que el odio. Otra vez y otra vez el odio. Uno, luego otro, luego otro,...

¿Cuántos otros odios? El odio, eterno, sin fin, los gestos terribles, como los lobos hambrientos, unos

después de otros se ensañaban con el pequeño cuerpo. ¡Cuán pequeño era!

Frágil y sin armas,... Hasta el tiro de clachinca al final. ¡Finalmente! Adiós novia, adiós.

Se acabó la bondad de la vida, se acabó el amor y la amistad, se acabó...

(*Un tiempo.*)

El odio se había vaciado en un instante. Como la cámara del revólver. Las clachincas estaban bajadas, avergonzadas quizás.

No quedaba más que el silencio. Cada uno con el suyo.

Ante el odio o la impotencia.

Delante, el cuerpo mancillado y muerto por nada.

“Diles a tus amigos Adamitas lo que les vamos a hacer, diles...”

Entonces la huida, la carrera, lejos. Y la soledad. Y el desprecio. Y el odio. Ahora yo también, yo era eso.

Guardar el recuerdo de todo; no olvidar nada, nothing.

Actuar, ése era el must.

Y luego matar, para borrar... la sangre allí.

(...)

Toda tu fuerza en el combate, es tu fuerza interior. Cómo crees y cuánto.

Coma, él tiene esa fuerza. Él me enseñó la lucha.

Es como un juego. Y esta vez, es la vida o la muerte.

El juego de la fuerza. El que exige velocidad, inteligencia-rapíd y voluntad.

El juego es gratis. Se apuesta la vida. Cada segundo es quizás el último, last, dernier.

Delante del enemigo, de cada Zelita, puedes perderlo todo. Todo. En un segundo. ¿Y qué ganas? Muy poco...

Ganas: la vida de un Zelita, casi rien, el pellejo de un perro podrido. Pierdes: tu vida, tout.

Y después de ese Zelita, hay otro, y otro. Y el odio cada vez. Hasta la victoria al fin: el día en que ya no queda ningún Zelita en la Ciudad Horizonte.

(...)

(*Un silencio largo.*)

La memoria se enreda.

¿Quién es el verdugo, quién es la víctima?

¿Qué sucedió?

El espíritu queda confundido, amnésico en una niebla espesa y mortal.)

Un día, iremos a un campamento, el último, the last. Los otros nos habrán echado de todas partes.

Como bestias tendremos miedo.

Nuestra última defensa, será ese campamento, el último.

Nuestras homes fueron destruidas antes. Todas nuestras homes.

Nuestros guerreros habrán partido. A otra parte. En este mundo o en el otro. Y nadie, nobody para defendernos.

Entonces vendrán los **ejecutores**. Grandes como gigantes. Con las clachincas y los cuchillos. Vendrán los gigantes, en grupos de cinco o seis. A veces más.

Cazarán al hombre y al niño. La cacería sin cesar. Sin cesar jamás con las clachincas y los cuchillos.

(...)

Uno de ellos, tiene brazos inmensos. Con músculos. En medio de los pelos del brazo, hago un zoom al tatuaje. Un gran tatuaje azul y rojo: **Ejecutor 14**.

Ejecutor 14. Entonces sé que todo acabó, lost.

En seguida zoom: veo el rostro que ríe y que se acerca. Los ojos son pequeños y están llenos de llamas. Los dientes son blancos como el metal que corta.

Se ríe porque nos ve ahí, cagados en los pantalones, como las ratas.

Nos sacarán a la fuerza del dernier refugio.

Cerca mío, estará mi sobrino, el bebé de nueve meses. Entonces, because el olor a sudor y el ruido, se pondrá a llorar.

A llorar y a llorar como un cerdito. Lloran así y uno no los puede parar más.

Entonces uno de los **ejecutores**, el **Ejecutor 14**, con un tatuaje en el brazo, perderá la paciencia. Después de un momento así, dirá: "Okay, basta de los gritos de esa mierda".

Luego le pegará un tiro de clachinca en el hombro al bebé.

Yo lloraré. No está okay, no, no está okay.

Diré: "No hay más que él, es el único kid que queda, es el último de los niños".

Pero el **Ejecutor 14** se enfurecerá todavía más por los gritos y los llantos. Tomará al bebé y lo cortará en dos. Como un pescado, lo cortará.

Y entonces se hace el silencio. Y la sonrisa con los dientes de metal del **Ejecutor 14**.

Ejecutor 14 mató al Ángel. Todos los Ángeles están muertos ahora.

Después. Un poco después, todo se habrá acabado. The end.

(Se levanta, como si tuviera algo importante que hacer.)

Enterrar, hay que enterrar a los muertos. No dejarlos sufrir al sol.

(Un tiempo.)

Piensa. ¿A dónde puede llevar el extremo?

Los brazos se te caen, tu mirada se pierde en el vacío. Nada, ya no esperas nada más.

Caminas por los lugares desiertos, Zona-Prohibida, donde todo es peligro. No hay nadie para ayudarte en la Zona-Nada.

Pierdes la memoria.

Caes en el precipicio donde no hay fondo.

Caes, y el mundo desfila ante tus ojos, como un loco que perdió el sentido. Todas las direcciones están perdidas, lost para siempre.

You look, y no entiendes nada de lo ocurrido. Sólo ves los ojos de novia o del niño. Ellos gritan help.

En silencio.

Tú, tú no hiciste nada. No les tendiste la mano.

Entonces no haces preguntas y, no comment, olvidas.

No hay nada que esperar de este mundo. Todo está arrancado, con las tripas y las raíces.

Entonces ahí, te tiendes en el suelo.

(Se tiende muy lentamente en la mesa inestable.)

y ahí esperas y miras el cielo, fijamente.